

LA DISCORDIA ES LA ARMONÍA DEL UNIVERSO

Por John Algeo *

Podemos diferir unos de otros, y aún ser armoniosos. Podemos discrepar armoniosamente. Sin duda, el desacuerdo armonioso o la discordia es esencial para el progreso. El mundo no puede mejorar sin la discordia. La palabra *discordia* significa etimológicamente "tener corazones opuestos". ¿Cómo puede entonces la discordia de corazones opuestos ser la armonía del universo? La carta número 120 de *Las Cartas de Los Mahatmas* explica esta paradoja.

En 1883, una gran controversia surgió en la Logia de Londres entre dos bandos. Una de las partes, liderada por Anna Kingsford, se enfocaba en el esoterismo cristiano; la otra, presidida por Alfred Sinnett, se orientaba hacia el esoterismo budista. La polémica eventualmente se redujo a la pregunta: ¿cuál de estas personas dirigiría la Logia y establecería así su enfoque? Finalmente, el Maestro K.H. tuvo que intervenir directamente, y dispuso que la Sra. Kingsford fuese la presidenta, pero que un consejo formado por un número igual de cada bando dirigiese las actividades de la Logia.

Por consiguiente, el Maestro escribió una carta (la carta No. 120) dirigida a los miembros de la Logia de Londres explicando su decisión; y la importancia de que ambas partes trabajaran juntas en la Logia. Asimismo ilustró la trascendencia de esto con una sencilla metáfora: "Es de todos bien conocido que un imán no sería tal si sus polos dejaran de ser antagónicos". Por eso dispuso que tanto la Sra. Kingsford como el Sr. Sinnett fuesen los dos polos de la Logia: "La dirección y el buen servicio de ambos son necesarios para el firme progreso de la Sociedad Teosófica en Inglaterra". Pero ambos no podían ser presidentes; por lo que el Maestro aclaró que la Sra. Kingsford era la mejor elección bajo las circunstancias existentes en aquel entonces.

No obstante, el Maestro generalizó además la particular discordia en la Logia de Londres a una declaración más amplia aplicable a muchas situaciones; incluyendo algunas que frecuentemente encontramos:

Es un hecho universalmente conocido de todos, que el maravilloso éxito de la Sociedad Teosófica en la India obedece por completo a su principio de sabiduría y respetuosa tolerancia de las opiniones y creencias de cada cual. Ni siquiera el Presidente-Fundador tiene el derecho, directa o indirectamente, a interferir en la autonomía de pensamiento del miembro más humilde, y menos aún a tratar de influenciar en su opinión personal. Sería únicamente por la ausencia de esta generosa consideración que invariablemente aparecería la sutil sombra de discrepancia entre los serios y sinceros brazos buscadores de la

misma verdad, con el látigo de odio del escorpión en contra de sus hermanos, igualmente sinceros y serios. Las engañadas víctimas con verdades torcidas olvidan, o nunca conocen, que la discordia es la armonía del Universo. Así que en la Sociedad Teosófica cada parte, como en las gloriosas fugas del inmortal Mozart, incesantemente perseguirán al otro en equilibrada discordia por los caminos del eterno progreso, para finalmente encontrarse y unirse en el umbral de la perseguida meta dentro de un armonioso todo, como la predominante nota de la naturaleza en *Sat* (la Verdad).

En el pasaje anterior, el Maestro enuncia una profunda verdad que a menudo es difícil para nosotros de comprender y poder actuar conforme a ella. Esa verdad consiste en que sólo progresamos como resultado de la reconciliación o de acomodar ideas discordantes, para poder mantener "una respetuosa tolerancia de las opiniones y creencias de los demás", y así obtener armonía en la discordia. Quienes olvidan o ignoran esa verdad se convierten en "buscadores de la misma verdad que, aún siendo afanosos y sinceros, aplican sin embargo "el látigo de odio del escorpión contra sus hermanos, igualmente serios y sinceros".

La analogía musical del Maestro es poderosa al decir que los sonidos en sí mismos pueden parecer discordantes, aún cuando logren combinarse en una sinfonía que produzca una magnífica armonía. La misma metáfora fue utilizada por J. R. R. Tolkien en *The Silmarillion*, al explicar cuán bueno puede ser el resultado de los desacuerdos contenidos en el gran plan. Ello también fue utilizado en el siglo XVII por el poeta inglés John Dryden, a quien regresaremos al final de este comentario.

Una metáfora distinta y mucho más humilde, referente a cocinar una sopa en una olla, se utilizó en el Confucianismo para explicar el significado de uno de los Analectos de Confucio: "La persona de mente amplia busca la armonía en vez del acuerdo; pero la persona de mente pequeña hace lo contrario" (13/23). Un comentarista llamado Yang Po-chün explicó ese verso con la historia de un gobernante (el Marqués de Ch'i), quien se quejaba de que entre todos sus ministros, sólo uno llamado Chü, lo apoyaba en cuanto él quería hacer.

El Marqués de Ch'i exclamó: "¡Sólo Chü está en armonía conmigo!"

El erudito Yen Tzu le contestó: "Todo lo que Chü hace es aprobar lo que usted dice, ¿dónde está la armonía?"

"¿Hay alguna diferencia entre *armonía* y *acuerdo*"?, preguntó el Marqués.

Yen Tzu le contestó: "La hay. Armonía es como hacer una sopa. Uno utiliza agua, fuego, vinagre, salsa, sal y ciruela para condimentar la comida, quema leña para crear el fuego, y el proceso de cocción comienza. El cocinero mezcla todos estos ingredientes

armoniosamente para darle el sabor apropiado. Si el caldo está demasiado insípido, le agrega condimentos; si está muy concentrado, lo diluye con agua. Cuando finalmente se toma la sopa, ésta satisface. La relación entre un gobernante y un ministro es igual.

"Cuando el gobernante considera que algo es realizable pero existen problemas, el ministro debe indicarle lo que es problemático y ejecutar con celo lo que puede realizarse. Cuando el gobernante considera que algo es problemático pero contiene elementos realizables, el ministro debe indicarle lo que puede hacerse y dejar a un lado lo que es problemático. De este modo, los asuntos políticos funcionarán armoniosamente sin violar el orden correcto, y el pueblo no se rebelará. Así, cuando el *Libro de los Cantos* expresa: 'Donde hay un caldo armoniosamente hecho... los dioses vendrán y compartirán sin rencor, y ni arriba ni abajo habrá competencia.'

"Los Reyes anteriores mezclaban los cinco sabores y armonizaban las cinco notas para traer contento a sus corazones e integridad a sus asuntos políticos. Ahora bien, Chü no actúa de esa manera. Todo lo que usted dice que es correcto, Chü lo halla correcto; y todo lo que usted dice que es incorrecto, Chü también lo halla incorrecto. Si usted añade agua al agua de la sopa, ¿quién podrá tomarse eso? Si continúa tocando la misma nota en el laúd, ¿quién podrá escucharlo? El fracaso del 'acuerdo' yace precisamente en eso." (Adaptado por David L. Hall y Roger T. Ames, de *Thinking though Confucius*, Albany: State University of New York Press, 1987).

El punto expuesto por ambos, el Maestro K.H. y el erudito confucionista, es que la armonía no es uniforme. La armonía es el equilibrio apropiado de cosas opuestas. La evolución no proviene de la apacible uniformidad. La evolución tiene lugar a partir del armonioso equilibrio de lo que está en desacuerdo, es decir, de la armonía que logran personas cuyos corazones se hallan en bandos opuestos sobre un asunto.

Esa discordia, sin embargo, no debe ser violenta. No debe ser una en la cual cada bando opuesto diga: "Debo salirme con la mía. A los demás ha de gustarles lo mismo que a mí". Cuando cada parte asume esta postura; el resultado es un violento conflicto. Y eso nunca es útil. Por otra parte, cuando solo un lado toma esa postura, mientras que el otro la acepta rindiéndose, el resultado no es armonioso, sino uniforme. La uniformidad no lleva al progreso, sino al estancamiento. Para progresar, debemos estar en armonía, pero armonía es un equilibrio de valores que difieren, en una tensión creadora que permite realizar un cambio beneficioso. La armonía es una sopa bien hecha y bien sazonada. La armonía es una sinfonía de sonidos contrastantes, producida por un maestro de música.

Podemos ver la verdad de las palabras del Maestro y de la parábola de Confucio alrededor de nosotros. Consideremos que dentro de un grupo puede haber dos bandos con opiniones divergentes sobre un asunto. Ellos pueden discutir sus puntos de vista discordantes. Cada bando tiene derecho a expresar su opinión, pero finalmente hay que someterlo a votación para decidir.

Quienes obtengan la mayoría de votos deberán respetar los puntos de vista de la minoría, pero admitiendo que éstos tenían un punto de vista que debe tenerse en cuenta. Y mantener presentes en la mente esos puntos de vista de la minoría, podría sugerirle a la mayoría otras cosas que pueden hacer para acomodar a la minoría y obtener así un resultado mejor que el hubiesen obtenido si un solo bando hubiese insistido en secundar la posición de la mayoría. Por otro parte; a la minoría le corresponde aceptar la decisión de la mayoría sin entregar su propia conciencia sobre lo que es mejor, pero siempre permaneciendo en el grupo como un recordatorio a la mayoría, de que hay otra forma de abordar el problema sobre el cual discrepan. Si ambas partes siguen ese plan, el resultado será un desacuerdo creador y de esa discordia emergerá una gran armonía.

La situación algo abstracta expuesta en el párrafo anterior posee muchos alcances concretos. En Estados Unidos actualmente se plantea una discordia entre los "Estados Azules" (que apoyaron al candidato demócrata en la última elección), y los "Estados Rojos" (que favorecieron al candidato republicano). Tal discrepancia ha continuado y amenaza con obstaculizar el trabajo del Congreso. Otra marcada discrepancia se aprecia entre quienes apoyaron la invasión a Iraq (principalmente el presente gobierno estadounidense y los votantes que lo eligieron); y quienes se opusieron a la misma y han criticado la forma en que ésta se ha manejado posteriormente (una gran parte del resto del mundo). Otro caso concreto es el largo antagonismo entre la protestante Irlanda del Norte, y la República Católica de Irlanda. Y otra apreciación concreta es la discordia histórica y aún existente entre los teósofos que se enfocan en el hermetismo occidental; y quienes se inclinan hacia el esoterismo oriental, y aún en ese terreno, la diferencia entre los teósofos que únicamente valoran a los escritores y maestros de una tradición particular, generalmente las más antiguas, y aquéllos que valoran igualmente a otros escritores y maestros de tiempos posteriores.

El número de grupos sectarios que conformamos los seres humanos es infinito. Y son precisamente esas fanáticas asociaciones las que probablemente el Maestro tenía en mente cuando aludió a "la más grande y a la principal causa de casi los dos tercios de los males que acosan a la humanidad", y que identificó como "la religión bajo cualquier forma... , cuyas ilusiones el hombre considera sagradas".(ML 88). Por "religión", es casi seguro que el Maestro no se refería a las organizaciones formales que nosotros llamamos religiones, sino cualquier cosa a la que nosotros le adjudicamos un valor final, es decir, las ilusiones o quimeras que contemplamos como "sagradas". La Religión, en ese sentido, no incluye solamente a las iglesias y los sacerdotes; sino también a la ciencia (o al cientificismo); al capitalismo y al comunismo o, sin lugar a dudas, a cualquier sistema de pensamiento, organización, o práctica considerados sumamente importantes y como la única "verdad". Sólo cuando abandonemos esa

exclusiva adhesión a una organización o valores que excluyen a todos los demás, podremos lograr una armoniosa discordia.

Pero les daré un ejemplo personal de otra clase. Hace poco, edité una colección de la temprana correspondencia de H. P. Blavatsky (*The Letters of H. P. Blavatsky*, Vol. 1). En esa colección incluí algunas cartas que algunas buenas personas pensaron que no deberían haberse incluido. Esas buenas personas habrían omitido dichas cartas; particularmente por dos razones: Primero, porque dichas cartas exponen un cuadro de Blavatsky que no corresponde con su idea de cómo ella era; y segundo, porque dichas personas creen que las cartas son falsificaciones. De hecho, ambas razones se relacionan. En el caso del grupo de cartas, nadie actualmente ha visto siquiera los originales, aunque conocemos que Blavatsky le escribió cartas al destinatario a quien dichas cartas en cuestión están dirigidas. Estas buenas personas creen que las cartas son falsificaciones, al sostener que en ellas Blavatsky aparece con un carácter que, según ellos, no era apropiado para ella.

Ahora bien, puede ser que esas cartas sean realmente falsificaciones. No lo sé. Y nadie que vive actualmente lo sabe. Algunas personas tienen sus opiniones al respecto, pero nadie lo sabe con certeza. En las cartas publicadas, la editorial determinó que se incluyeran todas las cartas atribuidas a Blavatsky; siempre que no hubiese una evidencia convincente de que eran falsificaciones. En los casos en que tuvimos razones para creer que una carta de las que teníamos probablemente no era real, sino que era una distorsión de una carta original de Blavatsky, ésta se excluyó. Pero, como editor, asumí que los lectores sacarían sus propias conclusiones sobre la autenticidad, o no, de las cartas. A mí no me correspondía decirles eso sin una firme y objetiva evidencia. Al incluir cartas en una colección de correspondencia de Madame Blavatsky, no se le otorgaba con ello un sello de aprobación de "Buen Teósofo"; ni se les confería un estado canónico como escrituras Teosóficas. Era simplemente un reconocimiento de que tales cartas se le han atribuido a Blavatsky, y que no tenemos razón objetiva alguna para excluirlas.

Pero algunos teósofos han desarrollado un sentimiento hacia Blavatsky que la exalta por sobre las limitaciones y debilidades humanas más comunes. Una de las mayores autoridades y admiradores de Blavatsky, Geoffrey Farthing, no comparte tal sentimiento. En parte, él escribió sobre las cartas en disputa: "Estos pequeños pasajes que se relacionan con algunas de las imperfecciones de H.P.B. podrían ser muy bien escritas por ella, porque nunca y en ningún sentido se consideró a sí misma con una personalidad perfecta en forma alguna, y siempre estuvo consciente de sus defectos y deficiencias; como sin duda lo estaban los Maestros" (Carta personal del 25 de mayo del 2004). No obstante, una opinión concedora y no sectaria sobre las cartas en disputas, ha escandalizado a algunos buenos y consagrados teósofos.

Consecuentemente, se nos presentan puntos de vista discordantes. ¿Qué hacer con este desacuerdo para alcanzar la armonía?

Por una parte, no puedo, como estudioso objetivo, rechazar cartas donde Blavatsky habla de una forma que algunos teósofos no consideran típico del carácter que ellos le atribuyen. Pero, como Tevye, el Lechero de *Fiddler on the Roof*, acostumbraba a decir; por otro lado, ellos tienen su razón. Su posición es que no podemos estar seguros de que el texto de una carta realmente es lo que Blavatsky escribió; a menos que tengamos el original de puño y letra de Blavatsky. De hecho, esa falta de seguridad se extiende a la mayoría de las cartas de Blavatsky que conservamos, porque comparativamente pocas sobreviven en copias autografiadas. La mayor parte de la correspondencia suya que existe en estos momentos, son copias que otras personas han sacado de sus cartas; y que a menudo claramente modifican en el proceso de copiarlas o publicarlas. Por lo tanto, se requiere discernimiento por parte de los lectores; pues cada uno de ellos deberá decidir cuáles cartas son genuinas, y cuáles han sido modificadas para alabar o denigrar a la señora Blavatsky.

Ahora bien, ¿cuál es la obligación de un editor ante semejante situación? Primero, es ciertamente su obligación el aclarar si cada una de las cartas publicadas fue tomada de una copia original de puño y letra de Blavatsky, o no. Eso se hizo, en *The Letters of H.P. Blavatsky*, Vol. 1. Es también su obligación señalar cualquier evidencia objetiva de que el texto de ciertas cartas fue alterado. Eso también se hizo. Pero además, también podría verse como su obligación el plantear una objeción cuando haya una razón subjetiva para sospechar que el texto disponible de una carta pudiera no ser enteramente fiel a un original que no está disponible. De hecho, eso aparece implícito en el volumen publicado, ya que en cada caso en que el texto disponible no está suscrito por Blavatsky, podemos sospechar que hubo algún manejo accidental o deliberado.

¿Hasta qué punto un editor respeta las sensibilidades de quienes sin duda consideran a Blavatsky "como una personalidad, que es... perfecta", y quienes, como Geoffrey Farthing expone, "la han colocado en un pedestal demasiado alto"? ¿Debe ese respeto expresarse con una nota de cautela en cada una de las cartas no autografiadas, señalando el hecho de que nosotros no podemos estar seguros de que la carta es genuina, o sólo en aquellas cartas que presentan a Blavatsky bajo una luz que algunos lectores no aprueban? Pero, en tal caso, ¿cuáles sensibilidades deben ser atendidas, y cuál es el sentido apropiado que amerita esa atención? Es, como mismo se le atribuye al Rey de Siam haber dicho, algo que causa perplejidad. Como editor de las cartas, consultaré con un comité asesor mucho más amplio para la publicación del segundo volumen; incluyendo a todos los asesores del primer volumen. Buscaré además la colaboración de otras personas muy competentes, con diversas capacidades y

conocimientos. Específicamente, consultaré con ellos sobre cuál es la mejor forma de proceder para lidiar con el problema de las cartas en disputa.

No puedo estar seguro de que la armonía universal reinará en este ejemplo particular de discordia, como la armonía universal que se requiere de un maestro musical o de un cocinero de una sopa Cordon-Bleu. Pero por lo menos existe la posibilidad de demostrar la voluntad de buscar la mejor forma de lograr una "armoniosa discordia" en éste, o en cualquier otro caso. En verdad, nunca podemos estar seguros de alcanzar algo con armonía; pues ella no puede forzarse; es como la gracia en la teología cristiana. La armonía es algo que acontece. Pero podemos crear una cierta disposición mental y una forma de conducta que nos abra la posibilidad de ambas, de la gracia y de la armonía (que finalmente podrían ser lo mismo).

Como teósofos, nos inclinamos a creer que la armonía es el estado natural de las cosas; no la uniformidad; sino la armonía equilibrada dentro de la discordia. Los teósofos nos sentimos inclinados a estar de acuerdo con John Dryden, quien en su *Song for Saint Cecilia's Day* (Canción para el Día de Santa Cecilia), en 1687, escribió:

De la armonía, de la armonía celestial,
comenzó este marco universal;
de armonía en armonía,
recorriendo todos los compases de las notas,
y el diapasón concluyó en el Hombre.

La armonía de Dryden se ubica en la raíz de las cosas; pero no es uniformidad porque haya recorrido todas las notas, las notas armoniosas y las discordantes. Y ese diapasón, esa explosión de sonido en la cual concluye plenamente, es el Hombre. Nótese la letra mayúscula. No es "el hombre"; es decir, usted y yo, sino más bien el modelo de aquello en lo cual nos convertiremos. La Humanidad Primordial o Arquetípica es la meta que alcanzaremos. Sólo la lograremos de una forma, y ese camino es poder demostrar que "la discordia es la armonía del universo".

* **John Algeo** es vicepresidente internacional de la Sociedad Teosófica, y profesor emérito de la Universidad de Georgia. Este artículo fue tomado de *The Theosophist*, Julio del 2005.